



LA VERDAD SOBRE
EL CASO TEJERO» (II)

No fue una casualidad que militares de distintas unidades y Capitanías se pusieran de acuerdo,

sencillamente el 23 de febrero de 1981 todos creyeron que había llegado la hora de «su golpe» y se subieron al carro, cuenta Pepe Oneto en su libro. También hubo otros que no viéndolo claro se desengancharon de la intentona. Lo cierto es que desde meses atrás, el ambiente militar estaba más que cargado y el presidente Suárez lo sabía. Suárez, precisamente, será el encargado de presentar, la próxima semana, el libro de Oneto.



Armada quería ser presidente a toda costa.

Gutiérrez Mellado ya no tenía fuerza para frenar.

Armada, desde que lo echaron de La Zarzuela como una criada, tenía un auténtico «síndrome Suárez»



Suárez viajó a Ceuta para conocer directamente la opinión de los cuarteles.

Milans no perdonó nunca a Suárez el obligarle a estar en el aeropuerto para despedirle dos horas antes de salir el avión

Un libro que narra los diferentes intentos de golpe de Estado

LOS VARIOS GOLPES QUE CONFLUYEN EN EL 23-F

La salida de Armada de La Zarzuela, su alejamiento del Rey, al que siempre pretendió salvar; su íntimo convencimiento de que Suárez le había echado de palacio como una criada, provoca en el secretario de la Casa Real un auténtico «síndrome Suárez». Ante sus compañeros, en actos sociales, en reuniones de cualquier tipo, su obsesión anti-Suárez le hace incluso perder los nervios y la compostura. Armada, primero en Madrid y más tarde en Lérida, donde es enviado por el propio Suárez como gobernador militar, se radicaliza progresivamente. No le gusta la Constitución, está preocupado por el problema terrorista, está en desacuerdo con la amnistía, le obsesiona el problema autonómico, y la aprobación del divorcio, en mayo de 1980, le lleva a una crisis personal honda y traumática. La «operación Armada» comienza efectivamente por estas fechas, tras la moción de censura socialista en el Parlamento, de la que Adolfo Suárez, después de los reveses electorales de Cataluña y Euskadi y el desastre del referéndum andaluz, sale irremisiblemente tocado.

Armada, preocupado por una situación política progresivamente deteriorada e imbuido de un extraño mesianismo político-religioso que le lleve a salvar al Rey en contra del propio Rey, vengándose a la vez de quien le separó del Rey, Adolfo Suárez, comienza a mantener discretos contactos con políticos de Alianza Popular, de Unión de Centro Democrático y del Partido Socialista.

Se multiplican las reuniones en casa de un conocido abogado en el norte de Madrid (Mirasierra) y se llega incluso a hacer un retrato robot del candidato. Un militar, aunque no teniente general, que goce de gran prestigio entre sus compañeros de cuerpo, que sea de confianza del Rey y que se comprometa, una vez reconducida la situación política, a volver a su puesto en la milicia.

Se trata evidentemente de una salida anticonstitucional con la que se quiere contentar a un sector del Ejército, preocupado con la transición política y de una cuidada operación, cuyo fin último es promover la candidatura de Armada como presidente del Consejo de Ministros.

Suárez, progresivamente aislado y acosado, conoce, sin embargo, el naciente malestar militar, que ya no puede frenar el vicepresidente para la Defensa, Manuel Gutiérrez Mellado, ni el ministro, Agustín Rodríguez Sahagún.

Mientras que Armada prosigue sus sondeos y se van desarrollando los principios de varios golpes de Estado que él debe conocer, el teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero Molina, en el mes de diciembre de 1980, entra en contacto con el capitán general de Valencia, Jaime Milans del Bosch.

El contacto entre Milans y Tejero, un hombre condenado en 1978 por intentar asaltar el palacio de la Moncloa para impedir la entrada en vigor de la Constitución, lo realiza el ayudante del capitán general, el teniente coronel Pedro Mas Oliver.

Tejero que está dispuesto a vender siempre un golpe de Estado porque

además la experiencia le ha demostrado que la venta no lleva consigo nada más que una mínima pena, tiene ultimado dos proyectos: asalto de nuevo al palacio de la Moncloa o la toma del Congreso de los Diputados. Milans está dispuesto a apoyar cualquier tipo de operaciones de su definitivo pase a la reserva.

Durante este mes de diciembre de 1980, con proyectos de golpe por todos lados, el presidente Adolfo Suárez, que también debe intuir la creciente marea desestabilizadora, programa dos viajes a las plazas de soberanía de Ceuta y Melilla situadas en el norte de Marruecos. En las dos plazas y ante el evidente malestar militar, Suárez decide afrontar la situación con valentía y convoca a varios cientos de militares para que le planteen claramente los problemas que les angustian.

En Ceuta, en un hangar inmenso y ante cerca de quinientos jefes y oficiales, el presidente del Gobierno, que obliga previamente a salir a los ministros que le acompañan, insta a los reunidos a que pregunten públicamente lo que quieran.

«Sé que hay problemas que le preocupan y quiero que me los planteen de cara. Pregunten lo que quieran con la seguridad absoluta de que no tomaré ningún tipo de represalias»

El silencio en la inmensa nave se puede cortar con un cuchillo. Suárez insiste para que hablen de los problemas que les preocupan, pero nadie quiere plantear nada. Suárez, con osadía, dice una frase provocadora para obligar a quienes callan a que se definan: «En el Ejército el valor se supone pero hay veces que hay que demostrarlo.» La reacción es inmediata. Desde el fondo del hangar se levanta una mano que va seguida de una afirmación grave.

«Señor Suárez, se le acusa de ser el responsable de la ETA...»

Suárez responde rápido: «He dicho que no voy a tomar ninguna represalia, pero me gustaría conocer la graduación del oficial que ha pronunciado esa frase.»

El oficial vuelve a levantar la mano y enseña la bocamanga: se trata de un coronel. Suárez prosigue: «Lamento que un coronel del Ejército español pueda pensar eso y lamento que usted, ya que no voy a tomar ningún tipo de represalias porque lo he prometido, pueda llegar a general de nuestro Ejército, pensando de esa forma. Sin embargo, le voy a contestar. Le voy a decir que el problema vasco, que el problema de ETA...»

La explicación es prolija, detallada.

Para él no era ninguna novedad que había un sector del Ejército que no le iba a perdonar nunca sus gestos de autoridad dentro de la institución que no tenían más remedio que aceptar. Como tampoco era una novedad que el propio Milans, que por esas fechas ya había entrado en contacto con el teniente coronel Tejero, nunca le perdonaría la orden que le dio hacía ya un año cuando le obligó

a estar en el aeropuerto de Valencia para despedirle cuatro horas antes; a través de uno de sus ayudantes, le había comunicado que tenía contraídas obligaciones que le impedían acudir al aeropuerto. Su respuesta fue fulminante: «Estará en el aeropuerto y además pasará revista a las tropas! Le citó a las nueve de la mañana, sabiendo que no saldría hasta las once y, aún así, le haría esperar todavía unos minutos mientras el Mystere de la Fuerza Aérea, en el que volvía a Madrid, enfilaba pista para despegar.

DENTRO de este contexto, Armada a través de personas interpuestas que ni siquiera han salido a relucir en la causa 2/81 prosigue sus contactos e incluso llega a entrevistarse con el político socialista Enrique Múgica en Lérida, en casa del alcalde de la ciudad, señor Curana. Cuando Felipe González lee y examina la minuta tiene una corazonada: «Enrique, Armada se está proponiendo para presidente del Gobierno»

Casi simultáneamente con el informe que le pasó Enrique Múgica sobre su comida en Lérida con el general Alfonso Armada, el secretario general del PSOE recibe, por conducto de un destacado militante que meses después abandonaría el partido precisamente por el escaso interés con que se recibe su información, datos realmente alarmantes sobre reuniones de militares.

Según los datos en poder del Partido Socialista, varios comandantes, tenientes coroneles y coroneles han sido sondeados para que participen en un movimiento militar que tiene como objetivo la disolución de las Cortes, la prohibición de los partidos políticos, la derogación de la Constitución y el envío del Ejército al País Vasco.

Múgica llega a tener en su poder incluso la lista completa de los militares que en la División Acorazada Brunete número uno, de Madrid, y en la Agrupación de Tropas del Cuartel General del Ejército son los responsables de la operación.

En una reunión del comité federal del partido se plantea el tema (al parecer incluso llega a constar en el acta de la reunión) y Enrique Múgica le transmite los datos al ministro de Defensa, Agustín Rodríguez Sahagún. Sahagún toma medidas para impedir quedar aislado en el Cuartel General del Ejército, en el caso de que haya algún tipo de movimiento en la Agrupación de Tropas, y el asunto queda definitivamente zanjado.

Dentro de este clima lleno de rumores e intoxicaciones, de aprendizajes de brujos y espontáneos, de cenáculos telldirigidos y maniobras constantes, la «Operación Armada» pasa relativamente inadvertida hasta que Emilio Romero, otro de los enemigos eternos del presidente Suárez y el hombre que mejor le conoce, la desvela públicamente en el periódico «ABC». Se la cuentan para que la cuenta y Romero la cuenta

Mañana capítulo III: «El espía que empujó el golpe»